

XX Jornada Mundial de la Juventud Colonia 2005

JESÚS, LA ESTRELLA CONVINCENTE

Por HILARIO ROSETE SILVA

«Este es un acontecimiento profundamente espiritual», señaló en los comienzos de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) *Colonia 2005* el Arzobispo de la preclara ciudad alemana, el Cardenal Joachim Meisner. «Aquella fue una fiesta del espíritu, probatoria de que no es un determinado Papa el que es capaz de movilizar a los jóvenes, sino la Iglesia, Jesús mismo», corroboró días después uno de los 40 integrantes de la comitiva criolla, el sacerdote Rolando Cabrera, secretario del cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana.



Las frases definieron, *grosso modo*, la vigésima edición de un evento que, efectuado del 16 al 21 de agosto, llegó a reunir a un millón de personas y contó con la asistencia de Benedicto XVI, Sucesor de Pedro, en su primer viaje pastoral fuera de Italia. Nacida en 1985, durante dos décadas esta jornada anual ha permitido que los jóvenes aprendan a valorar el don de la fe, acusen cuánto necesitan de ella, disfruten su sentido de pertenencia a esa gran familia que es la Iglesia, e insistan en que la paz en la Tierra depende de la presencia, o ausencia, de Dios en el corazón del hombre: el Señor no es algo secundario en el mundo de hoy, sino piedra

angular en la cultura de solidaridad que propugnara el fallecido papa Juan Pablo II, artífice del encuentro.

De nuevo la Iglesia le hizo lugar a sus pinos nuevos: retoños de 193 países recorrieron, ¡una alegoría!, los senderos de los (Reyes) Magos de Oriente, y llegados a la catedral de Colonia se postraron ante el cofre que guarda sus reliquias para con ellos repetir, conforme al lema de la cita, «hemos venido para adorarlo» [a Jesús (Mt 2, 2)]. Representantes de diferentes credos encomiaron la universalidad y juventud de la Iglesia de Roma: «Aprendimos de la alegría y sencillez de estos jóvenes, sentimiento y postura imposibles de manipular», dijo uno de ellos, «fue conmovedor ver cómo tomaron parte en las Eucaristías: su actitud reverente y silenciosa fue un himno de evangelización.»

Con todo, dada la cantidad de peregrinos que –cada día con menos horas de descanso–, se aglomeraron en torno a la Catedral y otros sitios, aún para esta Juventud habría sido difícil observar las reglas del peregrinaje: huir de la rutina, salirse de sí, postrarse ante el tiempo y el espacio inmediatos. «Fue una experiencia apasionante», comentó una diminuta italiana tras cinco días de cargar con su mochila, «sin embargo, quedamos exhaustos.»

La impronta cubana

La JMJ recibió el 18 de agosto la visita del papa Benedicto XVI. Televisoras de muchas naciones transmitieron las actividades de su agenda: (Día 18:) Llegada al aeropuerto de Colonia-Bonn. Traslado en automóvil desde el Arzobispado hasta el muelle del *Rodenkirchenbrücke*. Navegación en el barco *Rheinenergie* por el río Rin. Fiesta de acogida por los jóvenes en el embarcadero del *Poller Rheinwiesen*. Visita a la Catedral. (Día 19:) Visita a la Sinagoga. Encuentro con los seminaristas en la Iglesia de San Pantaleón. Rezo de las estaciones del Vía Crucis. (Día 20:) Vigilia en la explanada de *Marienfeld*. (Día 21:) Misa de clausura, y despedida.

Poco después las agencias publicaron curiosas estadísticas: En las ceremonias se emplearían 2,8 millones de hostias... Los oficiantes vestirían cuatro mil sotanas... Doscientos sesenta cocineros prepararían las 700 mil comidas repartidas hasta el día 21... Serían horneados 900 mil panecillos... Se repartirían 1,8 millones de frutas... Los jóvenes beberían 300 mil litros de leche... Se habrían repartido un millón de cubiertos, 5,7 millones de bandejas y 3,6 millones de bolsitas desechables... Un millón de fieles asistirían a la misa final...

La delegación de la Iglesia Cubana a la XX JMJ, integrada por 35 jóvenes, tres obispos, y dos sacerdotes, salió de la Isla el 8 de agosto por el aeropuerto de Varadero; llegó al siguiente día a la terminal de Dusseldorf, en el centro oeste alemán, y de allí siguió viaje, por carretera, hacia el noreste, para radicarse, por casi una semana, en Osnabrück, a orillas del río Hase, en la Baja Sajonia, acogida por los feligreses de la parroquia de Cristo Rey. Más tarde, la víspera de la inauguración, entró en Renania Septentrional-Westfalia y se desplazó primero a Essen, léase 115 kilómetros al suroeste, y luego a Siegburg, 70 kilómetros más al sur, donde estableció, por otra semana –hasta el 22 de agosto, día del regreso a Cuba–, su segundo «cuartel general», acogida por los parroquianos de San Anno.



La huella criolla en el mapa teutón semejaría uno de esos caracteres con forma de palomita usados en la escritura para distinguir un texto: la cabeza del ave estaría en Colonia; las patas en Bonn y Siegburg; y el cuerpo y la cola, muy largos, en Essen y Osnabrück...

Solidaridad desconcertante

–Los pastores que nos acompañaron desde el mismo día de nuestra salida de Cuba –comentó la peregrina Gisela López, de Los Pasionistas de La Víbora–, fueron el cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de La Habana; Monseñor Mario Mestral, obispo de Ciego de Ávila; Monseñor Carlos Baladrón, obispo de Guantánamo-Baracoa; y los sacerdotes Rolando Cabrera y José Boctenk. Luego, ya en Europa, se unieron a la delegación otros dos presbíteros y una religiosa.

–Entre tantas vivencias, ¿cuáles vienen a su memoria? –le preguntó *Espacio Laical*.

–¡Ah! –abrió los ojos–, recuerdo desde la visita al zoológico, adonde nos llevaron las familias de Cristo Rey antes de empezar la jornada, hasta la clausura en *Marienfeld*. Entre una y otra tengo presente la Eucaristía celebrada en los jardines del monasterio de una congregación femenina en Osnabrück, junto a peregrinos rusos y franceses; la misa presidida por nuestro Cardenal en una gruta de la Catedral de Essen dedicada (la gruta) al quehacer de la asociación alemana *Adveniat*, obra episcopal alemana de solidaridad con la Iglesia Latinoamericana; la ceremonia oficiada en Bonn, el día de la apertura, por Monseñor Josef Bode, presidente de la Comisión Juvenil de la Conferencia Episcopal Alemana; y, también en Bonn, la primera catequesis en la cual participamos, el día 17 de agosto.

Ninguno de nuestros jóvenes tomó parte en las catequesis impartidas por los obispos de la Isla. De la ofrecida ese 17 por el Cardenal Jaime Ortega ante jóvenes de Latinoamérica y España en la Iglesia de San Memchtern, en Colonia, ACI-Prensa reportó este fragmento:



«¡Cuántas preguntas dejaría en nuestra alma la búsqueda de la verdad nada más que por medio de la razón! Existen la muerte, el dolor, el sufrimiento... Pero, ¿qué sentido tienen? Solo en Jesús crucificado está la respuesta... Él es la verdad estremecedora del Señor que nos sale al paso amándonos hasta el extremo... Hay en la cruz una desconcertante solidaridad de Dios que nos ama en Jesucristo y sufre y muere por nosotros. La cruz de Jesús es la más grande y sublime verdad para el hombre y la mujer de fe».

Aquí estamos

Mientras, ¡bendito vaso comunicante!, en su catequesis del día 18, pronunciada en la Iglesia de Santa María de Godesberg, en Bonn, el Cardenal Carlos Amigo, Arzobispo de Sevilla, exhortó a adorar la Eucaristía, presencia verdadera y sustancial de Cristo Jesús:

«Durante años fui obispo de Tánger (Marruecos), y como tal celebraba la Eucaristía no solo para mí, sino también para los tres millones de habitantes de la diócesis. Y es que participamos de la Eucaristía por nosotros y por los demás... Cuando adoramos a Cristo en la Eucaristía, nos unimos a Él... Nuestra mayor virtud reside en la posibilidad que tenemos de amar a Jesús con todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas».

Y agregó un día después en diálogo con la prensa el cardenal Amigo:

«Cierta juventud de Latinoamérica siente como un desencanto por cosas que quizás esperaban y no recibieron. Pero tal desencanto no cabe en un joven: no puede desencantarse alguien que no se ha encantado, ni puede desenamorarse quien aún no se enamoró. Las posibilidades son enormes; la juventud de América Latina tiene una gran responsabilidad; muchas veces piensa en emigrar, y en lo que debe pensar es en construir su país». El cardenal Carlos Amigo fue uno de los 50 obispos españoles que se unieron a los 50 mil jóvenes provenientes de toda España para participar en la JMJ. El país ibérico contó con una de las representaciones más numerosas, superada solo por las de Alemania, Francia e Italia. La diócesis de Roma implantó un récord al enviar 10 mil creyentes. Los romanos viajaron a Colonia con unas camisetas que decían: «Diócesis de Roma ¡Aquí estamos!»

La gracia de dialogar

Así como los camellos prestaron auxilio a los Reyes Magos en su propósito de llegar a Belén para adorar a Jesús, 20 mil voluntarios venidos de toda Alemania y otras partes del mundo, sirvieron o ayudaron a los peregrinos de Colonia 2005. Llamados «camellos de la fe» por monseñor Heiner Koch, secretario general de la JMJ, parte de estos «constructores espirituales de la Iglesia», en su apoyo a los siete mil periodistas acreditados ante la jornada, se vieron secundados por un inusual despliegue tecnológico.

En la Sala de Prensa, por ejemplo, se habilitaron mil 34 teléfonos, 370 computadoras con pantalla plana y conexión a Internet, 860 líneas de conexión inalámbrica a la Red de Redes, y 20 impresoras capaces de imprimir 120 páginas por minuto. Como era de esperar, el grueso de los colegas prestaron particular atención a la visita de Benedicto XVI, quien al arribar al aeropuerto de Colonia-Bonn, al mediodía del 18 de agosto, expresó:

«El encuentro de miles de jóvenes con el Sucesor de Pedro es un signo de la vitalidad de la Iglesia. Me siento dichoso de estar entre ellos, de apoyar su fe y de animar su esperanza. Al mismo tiempo, estoy seguro de recibir algo de los jóvenes, sobre todo de su entusiasmo, de su sensibilidad y de su

disponibilidad para afrontar los desafíos del futuro...

«Además de los intensos momentos de oración, de reflexión y de fiesta con los jóvenes, tendré la oportunidad de encontrarme con los Obispos, a los cuales dirijo desde ahora mi saludo fraterno. Veré luego a los representantes de las otras iglesias y colectividades eclesiales, visitaré la Sinagoga para reunirme con la comunidad judía, y acogeré a los representantes de algunas comunidades islámicas. Se trata de encuentros importantes para impulsar el camino de diálogo y cooperación en el empeño común de construir un futuro más justo y fraterno, que sea realmente digno del ser humano».

La unión hace la fuerza

Poco después, miles de jóvenes, apostados en las orillas del Rin desde tempranas horas de la mañana –algunos desde la noche antes– tuvieron su primera cita con el Papa. Una embajada juvenil, junto a un sinnúmero de obispos, viajó en la propia embarcación en la que iba el Santo Padre, y también en otras cinco, más pequeñas, que representaban a cada uno de los continentes, y cuyos ocupantes vestían los trajes típicos de sus regiones de origen.

«Con Cristo se abren las puertas de la vida. Él no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en vosotros, sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo», comenzó diciendo a su joven audiencia, por intermedio de un megáfono, Benedicto XVI, y desde entonces los aplausos, los vivas a su nombre, y el mar ondulante de banderas de todos los países en ambos márgenes de la vieja corriente, iluminaron su periplo hasta las cercanías de la imponente catedral gótica.

¿El resto? ¡Se necesita un libro para contarlo! Luego de rezar ante el altar mayor de la basílica, el Santo Padre afirmó que hoy nos corresponde a nosotros «la tarea de vivir el aliento universal de la Iglesia», por lo que debíamos dejarnos «inflamar por el fuego del Espíritu», de modo que un nuevo Pentecostés renovase nuestros corazones. Quedaban por delante la condena del Sumo Pontífice –en la Sinagoga de Colonia, la comunidad judía más antigua de Alemania– a los nuevos signos de antisemitismo y las diversas formas de hostilidad generalizada hacia los extranjeros; su convicción, expresada en la reunión con los seminaristas, de que el Seminario es un tiempo de camino, búsqueda, y descubrimiento de Cristo»; su almuerzo con 12 de los jóvenes peregrinos, un hombre y una mujer por cada continente, a quienes se les sumó una pareja de alemanes; y el anuncio –en el encuentro ecuménico efectuado en el Arzobispado– de que «recuperar la unidad de los cristianos» es prioridad de su pontificado: «Si un número creciente de personas se une a la oración del Señor para que todos sean uno, dicha plegaria, en el nombre de Jesús, no caerá en un vacío».

Cómo no hablar de Él

Especial interés despertó la colaboración que, en un encuentro sostenido con una veintena de dignatarios islámicos, pidió Benedicto XVI para extirpar el terrorismo:

«El terrorismo, de cualquier origen que sea, es una opción perversa y cruel, que desdeña el derecho sacrosanto a la vida y corroe los fundamentos de toda convivencia civil... Tenemos un gran campo de acción en el que hemos de sentirnos unidos al servicio de los valores morales básicos... Juntos, cristianos y musulmanes, hemos de afrontar los desafíos que nuestro tiempo nos plantea. No hay espacio para la apatía y el desinterés, y menos aún para la parcialidad y el sectarismo. No podemos ceder al miedo ni al pesimismo... Debemos más bien fomentar el optimismo y la esperanza. El diálogo interreligioso e intercultural entre cristianos y musulmanes no puede reducirse a una opción temporánea. En efecto, es una necesidad vital, de la cual depende en gran parte nuestro futuro.»

Con estos aires arribó la JMJ a sus dos puntos cumbres: la tradicional Vigilia, y la Misa de clausura, celebradas ambas en el llamado *Mariensfeld* (Campo de María).

«Solo de los santos, solo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo», señaló el Papa ante los 800 mil jóvenes reunidos para la Vigilia. Pero la cifra siguió en aumento, y en la mañana del siguiente día, 21 de agosto, durante la misa final, el Pastor Universal pidió al millón de participantes que se convirtiesen en nuevos misioneros:

«Quien ha descubierto a Cristo debe llevar a otros hacia Él. Una gran alegría no se puede guardar para uno mismo. Es necesario transmitirla. En numerosas partes del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios... Ayudad a los hombres a descubrir la verdadera estrella que indica el camino, ¡Jesucristo!, y tratemos nosotros mismos de conocerlo mejor, para también poder guiar hacia él, de modo convincente, a los demás...».

